

Una paradoja

Una de las reacciones y consecuencias más anticipables del discurso de Trump a lo largo del último año y medio hubiera sido un rápido crecimiento de sentimientos anti-americanos en México. Y, sin duda, eso ha ocurrido, pero con matices que son significativos. Para comenzar, por más que el nuevo presidente estadounidense se ha referido a todos los mexicanos, la principal reacción de quienes viven en Estados Unidos en la ilegalidad es una simple y natural: miedo, cuando no pavor. Quienes están en la mira no tienen tiempo para odiar.

Hace unos días escuchaba yo a un legislador californiano describir la nueva realidad: escuelas vacías y niños guardando silencio en sus casas mientras sus padres van a trabajar, típicamente saliendo muy temprano y regresando tarde, no porque el trabajo lo exija, sino porque suponen que la obscuridad les ofrece una mayor esperanza de así poder evadir las redadas. El discurso de Trump y el envalentonamiento de las policías responsables de asuntos migratorios han cambiado el mundo para las comunidades mexicanas, creando

una nueva realidad cotidiana.

En México la protesta intelectual y política es activa, emotiva y decidida, pero muy distinta a la del mexicano común y corriente. Es particularmente revelador el hecho de que los sentimientos anti-norteamericanos, o anti-Trump, se concentren en el mundo de la discusión, pero no tanto en el de la vida real. Quienes tienen familiares en Estados Unidos están asustados, tanto por los riesgos que hoy corren sus parientes como por la incertidumbre respecto a su sustento. Las remesas pueden entenderse como un renglón en la balanza de pagos o como el ingreso que sostiene a millones de familias en el país. Esas familias dependen del ingreso de sus parientes, que se fueron para darle una vida mejor a quienes dejaron atrás. Para ellos el asunto es de sustento básico, no de política o emociones.

Es en este sentido que es paradójica la forma en que han reaccionado distintos núcleos de mexicanos aquí y allá. Para quienes la relación con Estados Unidos es un asunto cotidiano, base de su sustento —igual aquellos que emigran que los que de-

Hace unos días escuchaba yo a un legislador californiano describir la nueva realidad: escuelas vacías y niños guardando silencio en sus casas mientras sus padres van a trabajar, típicamente saliendo muy temprano y regresando tarde, no porque el trabajo lo exija, sino porque suponen que la obscuridad les ofrece una mayor esperanza de así poder evadir las redadas. El discurso de Trump y el envalentonamiento de las policías responsables de asuntos migratorios han cambiado el mundo para las comunidades mexicanas, creando una nueva realidad cotidiana.

penden de las exportaciones— la reacción es de miedo o preocupación, no de odio: ahí no ha surgido un anti-americanismo visceral. Quienes han emigrado quizá no tengan una comprensión cabal de la historia o las causas profundas de las circunstancias que les obligaron a salir, pero saben bien que algo no funciona aquí. Lo mismo es cierto para quienes trabajan en la industria vinculada al TLC y las exportaciones: todo mundo sabe que Trump es un problema, pero es mucho pe-

or el régimen del que se fueron o bajo el que viven: allá hay reglas y aquí todo es incierto, desde la seguridad de sus vidas hasta la continuidad de las políticas públicas. No es blanco y negro.

El mexicano de a pie es infinitamente más sabio que los políticos (o intelectuales), que creen representarlos. Para ellos se trata de vida o muerte; para los otros es un asunto de posicionamiento, al fin etéreo. Minimizar las causas de la salida o, en el caso del TLC, de las fuentes de certidumbre que

ese tratado genera, es perder de vista que la realidad a nivel del piso es clarividente. La gente emigra porque aquí no hay oportunidades y quienes tienen empleos en empresas vinculadas al TLC (o a su “filosofía”) apechugan porque saben que la alternativa es infinitamente peor. Son manifestaciones inexorables de la calidad del gobierno que tenemos, el de hoy y el del último siglo. Pocos se atreven a preguntar: ¿por qué aquí no funcionan las cosas?

Paradójico que hasta los más afectados no culpen a Trump o al país que los acogió, porque saben bien que la alternativa es mucho peor: más de lo mismo. Trump, un personaje que vive de explotar su marca (en hoteles, ropa, condominios y toda clase de productos de consumo), ha minado la marca de su país de una manera que hubiera sido inconcebible hace sólo unos meses. Muchos odiaban a George W. Bush por su belicismo, pero distinguían a la persona y su gobierno de su país. Hoy eso es imposible. Trump ganó gracias a un discurso divisoivo y fundamentado en el odio. A pesar de ello, quienes viven de su trabajo, in-

dependientemente de su status legal en aquel país, rezan, no odian. Saben (o confían) que, a diferencia del gobierno mexicano, esto es algo pasajero; lo de México tiene doscientos años y va para rato.

En una de sus famosas pinturas, Roy Lichtenstein dibuja a Donald pescando y diciéndole a Mickey “acabo de atrapar a uno grande”, cuando en realidad se había atrapado a sí mismo... Algo así le ha pasado a México: se ha atrapado a sí mismo y esto no podía haber ocurrido en un peor momento.

El gobierno saliente parece haberse ido, dejando el terreno abierto a un potencial sucesor que representa su peor pesadilla. En lugar de aprovechar este tiempo para construir el andamiaje de un país viable y seguro de sí mismo, ha optado por la pasividad y la aquiescencia. Ese puede no ser su objetivo —como prueban sus obsesiones—, pero eso es lo que de hecho está haciendo. En contraste con los mexicanos ligados a EUA de diversas maneras y que intentan encontrar cómo salir del predicamento, el gobierno se enquista. Valiente manera de gobernar.

@lrubiof

Jesús Cantú

EPN: un quinto año para el olvido

Como sucede en casi todos los sexenios en el último tercio del mandato de los presidentes mexicanos aparecen los rendimientos decrecientes y, más allá, de que en el gobierno de Enrique Peña Nieto los tropiezos empezaron desde noviembre de 2014 (es decir, antes de concluir el primer tercio de su mandato), nuevamente el quinto año de gobierno (que inició el primero de diciembre de 2016) luce desolador.

Los malos resultados afloran en todos los órdenes: en inseguridad, el primer trimestre de 2017 es el peor año en materia de homicidios dolosos en la historia de México, incluso peor que 2010 y 2011; en materia de desarrollo social, del 2013 al 2016 el índice de desarrollo humano (IDH) que elabora anualmente el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el país ha perdido 16 posiciones en el ranking de países y el 1.6% en el índice mismo; en materia económica se espera para este año un crecimiento del PIB de 1.5%, cuando apenas en noviembre del 2015 pronosticaban que estaría entre el 3 y el 4, y la inflación superará el 4%, más de un punto porcentual por encima de la meta de 3%; y, en lo político, el gobierno ya perdió su capacidad de sacar adelante sus iniciativas legales y muestra resultados para su partido en las contiendas electorales.

Aunque todos los ámbitos son preocupantes, los peores resultados aparecen en el combate a la delincuencia organizada y la inseguridad en general, pues éste fue uno de los temas que más incidieron en el triunfo del actual presidente hace cuatro años y casi 9 meses, y el número de homicidios dolosos no sólo no se ha podido abatir, sino que va a la alza. En este terreno no tan sólo no hay avances, sino que hay retrocesos.

El reporte del primer trimestre de 2017, dado a conocer el pasado viernes por el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SNSP) revela que el número de investigaciones abiertas por las distintas procuradurías por homicidios dolosos supera sustancialmente las de los mismos periodos de 2010 y 2011. En el primer trimestre de 2010, reportaron cuatro mil 652; en el 2011, cinco mil 411; y en el

Los malos resultados afloran en todos los órdenes: en inseguridad, el primer trimestre de 2017 es el peor año en materia de homicidios dolosos en la historia de México, incluso peor que 2010 y 2011; en materia de desarrollo social, del 2013 al 2016 el índice de desarrollo humano (IDH) que elabora anualmente el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el país ha perdido 16 posiciones en el ranking de países y el 1.6% en el índice mismo; en materia económica se espera para este año un crecimiento del PIB de 1.5%, cuando apenas en noviembre del 2015 pronosticaban que estaría entre el 3 y el 4, y la inflación superará el 4%,

2017, seis mil 511, es decir, mil 100 homicidios más con respecto al peor año (que había sido el 2011) que representa una quinta parte más.

Después del cruento 2011, en el 2012 había iniciado una tendencia a la baja que se sostuvo durante el actual gobierno hasta abril del 2015, cuando se revirtió; a partir de ese momento el número de homicidios dolosos va al alza y en el 2016, la cifra de acuerdo al SNSP llegó a 20 mil 789, es decir, tres mil 755 más que en el 2015, lo que representa un 22% más.

Sin embargo, los números de esta instancia normalmente son menores a los que reporta el Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática, que lo hace a partir de los reportes del Sistema Nacional de Salud, que indica que en el 2015 los homicidios dolosos fueron 20 mil 762, es decir, 3 mil 728 más que los reportados por el SNSP, por lo cual es de suponerse que en el 2016 (de mantenerse el mismo porcentaje de diferencia) en realidad contabilizará poco más de 25 mil asesinatos, que ya está muy cerca de los 27 mil 213 de 2011. De mantenerse las tendencias 2017 será el año más cruento en la historia de México y muy probablemente se superen los 30 mil homicidios dolosos.

Pero no es el único rubro en el que los resultados no son los esperados. Hace aproximadamente un mes, el PNUD dio a conocer el IDH del 2016 y en el mismo se muestra que en el 2013, al inicio del sexenio, México ocupaba la posición 61, entre 188 países, y mostraba una pun-

tuación de 0.775, la más alta que ha alcanzado desde que inició el mismo, y ahora se encuentra en la posición 77 y la puntuación es de 0.762, es decir, retrocedió en ambos; pero lo más preocupante es que de acuerdo a la nota informativa publicada en el diario regiomontano El Norte, “al ajustar el IDH con el indicador complementario de desigualdad, la puntuación de México cae a 0.587, con lo que se ubica en la posición 89 en el ranking”.

Las malas noticias se extienden al ámbito económico, donde es evidente que no se han podido cumplir todas las buenas expectativas que se habían generado al inicio del sexenio y si bien no ha habido ningún año con crecimiento negativo y la inflación se había mantenido bajo control, los pronósticos para los dos últimos años indican que el crecimiento del PIB ni siquiera permitirá cubrir el incremento poblacional, con lo cual habrá un decremento en el PIB per cápita, y la inflación, al menos, en el 2017 estará por encima de la meta permanente del 3%.

Así, aunque el discurso y la publicidad oficial enfatizan que “las cosas buenas cuentan mucho”, la realidad es que lamentablemente las malas noticias las superan y, sobre todo, tienen un mayor impacto en la vida nacional y en el bienestar general de la población. Así en varios de los rubros el quinto año de gobierno será el peor del sexenio de Enrique Peña Nieto y en materia de inseguridad el peor de toda la historia mexicana.

Por Arnoldo Kraus

Pensar la muerte

Contra el tiempo siempre perdemos. Ahí está la muerte, ahí están los cementerios y los túmulos de los seres queridos

Los impuestos del tiempo son impagables. Ahí está la vejez, la memoria que olvida, las piernas trémulas, las palabras inseguras. Con el paso de los años llegan enfermedades y después la muerte. Morir es el impuesto final por haber nacido. De muchas humillaciones escapa el ser humano. De las humillaciones propias de la vejez casi nadie se salva; de las provocadas por algunas enfermedades como la esclerosis lateral amiotrófica (ELA) no hay quien lo logre.

Librar la muerte con dignidad es posible. Hacerlo, a pesar de los discursos decimonónicos de políticos iletrados y religiosos desaseados es factible. Recurrir a la libertad y a la autonomía, bienes supremos del Occidente libre, son pilares y armas para atemperar la estulticia del Poder. Admiro profundamente a E. M. Cioran, pero no concuerdo con la siguiente idea, “¿No ha llegado ya la hora de declararle la guerra al tiempo, nuestro enemigo común?”.

Contra el tiempo siempre perdemos. Ahí está la muerte, ahí están los cementerios y los túmulos de los seres queridos. Están también incontables reflexiones de grandes filósofos sobre ella, buscando explicarla y comprenderla. Reflexiones profundas para suavizar el adiós; reflexiones útiles cuando uno es el actor. Ante su majestad la muerte no busquemos unicidad. Fomentemos el pensamiento individual. Después de todo, la muerte es el evento más personal en la historia de cualquier ser humano y la muerte, por decisión propia, es la máxima expresión de libertad a la que puede aspirar el ser humano.

Decidir morir sin ayuda médica es un suceso terrible que nos concierne a todos. Hacerlo en soledad, con premeditación, es un evento que reta a todo librepensador. Sólo en los siete países donde la eutanasia y/o el suicidio asistido son legales, las personas que buscan ayuda mueren dignamente (imposible saber cuántos médicos ayudan a morir en paí-

Contra el tiempo siempre perdemos. Ahí está la muerte, ahí están los cementerios y los túmulos de los seres queridos. Están también incontables reflexiones de grandes filósofos sobre ella, buscando explicarla y comprenderla. Reflexiones profundas para suavizar el adiós; reflexiones útiles cuando uno es el actor. Ante su majestad la muerte no busquemos unicidad. Fomentemos el pensamiento individual. Después de todo, la muerte es el evento más personal en la historia de cualquier ser humano y la muerte, por decisión propia, es la máxima expresión de libertad a la que puede aspirar el ser humano.

ses donde la eutanasia no es legal).

La legalización de la eutanasia y sus avances en países pioneros como Holanda y Bélgica se debe a movimientos provenientes de la sociedad civil. El reciente caso de José Antonio Arrabal, ciudadano español, víctima de ELA, ilustra primero su entereza y valentía —mi profunda admiración— y el divorcio entre sus certezas —morir con dignidad— y la ausencia de un Estado y un sistema médico protector. Su caso será, así lo deseo, parteaguas y acicate para empujar en España y en otras naciones el derecho humano de morir como ser humano.

La ELA es una enfermedad degenerativa que afecta a las células neuronales —motoneuronas— encargadas del funcionamiento muscular; cuando las motoneuronas mueren sobrevienen parálisis musculares progresivas. Los enfermos víctimas de ELA sufren una tragedia inmensa: mientras que poco a poco las funciones musculares se atrofian, la capacidad intelectual permanece intacta. Ese divorcio, pacientes mentalmente competentes y físicamente incompetentes, deviene dolor emocional inenarrable. Conforme pierden sus funciones motoras aumenta la angustia. La supervivencia oscila entre tres y cinco años. En síntesis, es una enfermedad devastadora.

En agosto de 2015, cuando José Antonio Arrabal tenía 57 años se le diagnosticó ELA. Convencido por la progresión de la enfermedad y por la ausencia de

apoyo médico —eutanasia— decidió, como lo explica la prensa, finalizar su vida motu proprio. En el video que él mismo filmó, explica, antes de ingerir los medicamentos que compró vía internet, las razones para acabar con su vida con dignidad: “Ya necesito ayuda para darme vuelta en la cama, para vestirme, para desnudarme, para comer, para limpiarme. Sólo puedo beber con una pajita en una taza de plástico...” “necesito ayuda para respirar, sobre todo por la noche...” “Lo que me queda es un deterioro hasta acabar siendo un vegetal. Y yo he sido siempre muy independiente. No quiero que mi mujer y mis dos hijos hipotequen lo que me queda de vida en cuidarme para nada”. Y remata, “...tengo que adelantar mi muerte. Me indigna tener que hacerlo en la clandestinidad, solo. La falta de una ley de eutanasia me obliga a hacerlo”.

Arrabal se suicidó antes de lo que hubiese deseado por temor: no quería que la enfermedad le impidiese mover la única mano que aún funcionaba; dependía de ella para coger los medicamentos. Y lo hizo en la soledad más absoluta; para no comprometer a su familia escogió el día cuando saldrían de casa. Dejó todo por escrito.

Notas insomnes. José Antonio Arrabal se suicidó totalmente solo, en forma clandestina. Su valentía debería servir para que en muchos países, incluyendo México, se legalice la eutanasia.

(Médico)